

este mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo menos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas; si no, yo os desafío á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla.—¡No quiera Dios, respondió Don Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido! los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas, es imposible, porque ni yo las he recebido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás he sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, como ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa; y así, no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino.—Déosle Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor Don Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías; y andad con Dios; que, mientras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran; y á la mia, yo la castigaré de modo que, de aquí adelante, no se desmande con la vista ni con las palabras.—Una no mas quiero que me escuches, ¡oh valeroso Don Quijote! dijo entonces Altisidora; y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque ¡en Dios y en mi ánima, que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que, yendo sobre el asno, le buscaba!—¡No lo dije yo! dijo Sancho; ¡bonico soy yo para encubrir hurtos! pues, á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno.” Abajó la cabeza Don Quijote, y hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y, volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

## CAPÍTULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre Don Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

CUANDO Don Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías; y, volviéndose á Sancho, le dijo: “La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia, que, en este castillo que dejamos, hemos tenido: pues, en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve, me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que, las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. ¡Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo!—Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que, como pitima y confortativo, la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen; que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaléen.” En estos y otros

razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas, estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas, con que cubrían alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó Don Quijote á los que comían; y, saludándolos primero cortesmente, les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrían. Uno dellos le respondió: "Señor: debajo destes lienzos están unas imágenes, de relieve y entalladura, que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas por que no se desfloren, y en hombros por que no se quiebren.—Si sois servidos, respondió Don Quijote, holgaria de verlas; pues, imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas.—Y ¡cómo si lo son! dijo otro; si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad, que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y por que vea vuesa merced esta verdad, espere vuesa merced, y verla há por vista de ojos;" y, levantándose, dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de San Jorge, puesto á caballo, con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecía una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola Don Quijote, dijo: "Este caballero, fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse *Don San Jorge*, y fué, además, defensor de doncellas. Veamos esta otra." Descubrióla el hombre, y pareció ser la de San Martín, puesto á caballo, que partía la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo: "Este caballero, también fué de los aventureros cristianos; y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno; que, si no, él se la diera toda, segun era de caritativo.—No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que *para dar y tener, seso es menester*." Rióse Don Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del Patron de las Españas, á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y, en viéndola, dijo Don Quijote: "¡Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo! este se llama *Don San Diego Matamoros*, uno de los mas valientes Santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo." Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de San Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijieran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia, "Este, dijo Don Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios Nuestro Señor, en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida, y Santo á pié quedo por la muerte; trabajador incansable en la viña del Señor; doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y, de catedrático y maestro que le enseñase,

el mismo Jesucristo." No habia mas imágenes; y así, mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: "Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto; porque estos Santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es, el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay, entre mí y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo, hasta ahora, no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero, si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura, y adobándoseme el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo.—Dios lo oiga, y el pecado sea sordo," dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres, así de la figura como de las razones de Don Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer; cargaron con sus imágenes, y, despidiéndose de Don Quijote, siguieron su viaje. Quedó Sancho, de nuevo, como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria; y díjole: "En verdad, señor nuestro, que, si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: ¡bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos!—Tú dices bien, Sancho, dijo Don Quijote; pero has de advertir, que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte; y esto que el vulgo suele llamar comunmente *agüeros*, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos, Levántase uno destes agoreros, por la mañana; sale de su casa; encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado San Francisco; y, como si hubiera encontrado con un grifo, vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano, no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á África; tropieza en saltando en tierra; tiénelo por mal agüero sus soldados; pero él, abrazándose con el suelo, dijo: *¡No te me podrás huír, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos!* Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes, ha sido para mí felicísimo acontecimiento.—Yo así lo creo, respondió Sancho; y querria que vuesa merced me dijese, qué es la causa por qué dicen los españoles, cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel San Diego Matamoros: *¡Santiago, y cierra España!* ¿Está, por ventura, España abierta, y de modo que es menester cerrarla? ó ¿qué ceremonia es esta?—Simplicísimo eres, Sancho, respondió Don Quijote; y mira, que este gran